Adaptación de Don Juan Tenorio de José Zorrilla

PERSONAJES

DON JUAN TENORIO.
DON LUIS MEJÍA.
DON GONZALO DE ULLOA, comendador de Calatrava.
DON DIEGO TENORIO.
DOÑA INÉS DE ULLOA.
DOÑA ANA DE PANTOJA.
CRISTÓFANO BUTTARELLI.
MARCOS CIUTTI.
BRÍGIDA.
EL CAPITÁN CENTELLAS.
DON RAFAEL DE AVELLANEDA.
LUCÍA.
LA ABADESA DE LAS CALATRAVAS LA GASTÓN.
UN ESCULTOR.
DOS ALGUACILES.
LA ESTATUA DE DON GONZALO (él mismo).
LA SOMBRA DE DOÑA INÉS (ella misma).

ACTO I

(La taberna de Butarelli)

(La acción en Sevilla por los años 1545. Una sola noche. Los restantes, cinco años después, y en otra noche)

DON JUAN, DON LUIS, DON DIEGO, DON GONZALO, BUTTARELLI, CIUTTI, CENTELLAS, AVELLANEDA y GASTÓN

Escena I

Hostería de CRISTÓFANO BUTTARELLI. DON JUAN, con antifaz, sentado a una mesa escribiendo; BUTTARELLI Y CIUTTI, a un lado esperando. (GRITERÍO DE LA CALLE)

D. JUAN. ¡Cuál gritan esos malditos!
Pero, ¡mal rayo me parta
si en concluyendo la carta
no pagan caros sus gritos! *(Sigue escribiendo.)*
BUTTARELLI. *(A CIUTTI)*
Buen carnaval.
CIUTTI. *(A BUTTARELLI.)*
Buen agosto
BUTTARELLI. ¡Qué va!
No entran caballeros
en este aposento
que esta es casa mal mirada
por gente acomodada
CIUTTI. Pero hoy...
BUTTARELLI. Hoy no entra en la cuenta,
Ciutti: se ha hecho buen trabajo.
CIUTTI. ¡Chist! Habla un poco más bajo,
que mi señor se impacienta
pronto.
BUTTARELLI. ¿A su servicio estás?
CIUTTI. Ya hace un año.
BUTTARELLI. ¿Y qué tal?
CIUTTI. No hay mozo que se me iguale;
tengo cuanto quiero y más.
Tiempo libre, bolsa llena,
buenas mozas y buen vino.
BUTTARELLI. ¡Cómo envidio tú destino!
CIUTTI. *(Señalando a DON JUAN.)*
Y todo ello a costa ajena.
BUTTARELLI. ¿Y a quién mil diablos escribe
tan cuidadoso y prolijo?
CIUTTI. A su padre.
BUTTARELLI. ¡Vaya un hijo!
CIUTTI. Para el tiempo en que se vive,
es un hombre extraordinario.
Mas silencio.
D. JUAN. *(Cerrando la carta.)*
Firmo y pliego. ¿Ciutti?
CIUTTI. ¿Señor?
D. JUAN. Este pliego
irá dentro del horario
en que reza doña Inés
y que tú ahora mismo le habrás de llevar.
CIUTTI. ¿y Qué respuesta he de esperar?
D. JUAN. De ese diablo de dueña
que la asiste y que mis intenciones sabe,
recogerás una llave,
una hora y una seña:
y más ligero que el viento
aquí otra vez.
CIUTTI. ¡Señor, volveré al momento!
(SE va CIUTTI.)
D. JUAN. Y dime: ¿don Luis Mejía
ha venido hoy?
BUTTARELLI. Excelencia,
no está en Sevilla.
D. JUAN. ¿Su ausencia
dura en verdad todavía?
BUTTARELLI. Tal creo.
D. JUAN. ¿Y noticia alguna
no tienes de él?
BUTTARELLI. *Ninguna.*
Aunque si no me engaño:
esta noche cumple el año,
que el caballero Mejía
por quien preguntáis, dio un día
en la ocurrencia de apostar lo peor
que ocurrírsele podía.
D. JUAN. Que apostaron me es notorio
quién en el plazo de un año,
haría más daño,
Luis Mejía y Juan Tenorio.
BUTTARELLI. ¿La historia sabéis?
D. JUAN. Entera;
por eso te he preguntado
por Mejía.
BUTTARELLI. ¡Oh! Quisiera
que la apuesta se cumpliera,
que pagan bien y al contado.
D. JUAN. ¿Y no tienes confianza
en que don Luis a esta cita
acuda?
BUTTARELLI. ¡Quia! Ni esperanza:
el fin del plazo se avanza…
D. JUAN. Basta ya.
Toma. (LE DA UNA MONEDA)
BUTTARELLI. ¡Excelencia! *(REVERENCIA)*
¿Y de alguno de ellos sabéis vos?

D. JUAN. Quizá.
BUTTARELLI. ¿Vendrán, pues?
D. JUAN. Al menos uno;
mas por si acaso los dos
tus dos mejores botellas
prepárales.
BUTTARELLI. Pero...
D. JUAN. Adiós. (SE VA DON JUAN)

Escena II

BUTTARELLI. ¡Santa Madonna!
De vuelta Mejía y Tenorio están *(Se asoma a la puerta.)(RUIDO DE PELEA FUERA. SE ESCUCHA GRITOS D JUAN)*
¡Anda! ¡El forastero
está riñendo en la plaza!
¡Válgame Dios! ¡Qué bullicio!
(Aparece Don Gonzalo que viene embozado)
D. GONZALO. Aquí es.
¿Patrón?
BUTTARELLI. ¿Qué se ofrece?
D. GONZALO. Quiero
hablar con el hostelero.
BUTTARELLI. Con él habláis; decid, pues.
(Don Gonzalo le da una moneda)
BUTTARELLI. ¡Oh, excelencia!
D. GONZALO. ¿Conocéis
a don Juan Tenorio?
BUTTARELLI. Sí.
D. GONZALO. ¿Y es cierto que tiene aquí
hoy una cita?
BUTTARELLI. ¡Oh! ¿Seréis
vos Don Luis?
D. GONZALO. No; pero estar me interesa
Quisiera yo ocultamente
verlos, y sin que la gente
me reconociera.
BUTTARELLI. A fe
que eso es muy fácil, señor.
Que en días de carnaval
La gente lleva antifaz.
Y eso hace que el hombre más principal
Pueda servirse de él,
Salvando su honor,
Incluso acá.
D. GONZALO. Pues entonces, trae el antifaz.
BUTTARELLI. Al momento.
(Va por el DISFRAZ)
D. GONZALO. No cabe en mi corazón
que tal hombre pueda haber,
Yo mismo indagar prefiero
la verdad..., mas, a ser cierta
la apuesta, primero muerta
que esposa suya la quiero.
(BUTTARELLI trae un antifaz)
BUTTARELLI. Ya está aquí.
D. GONZALO. Gracias, patrón:
¿Tardarán mucho en llegar?
BUTTARELLI. Si vienen no han de tardar:
cerca de las ocho son.
D. GONZALO. ¿Ésa es hora señalada?
BUTTARELLI. Cierra el plazo.
Perderá quien no esté a punto
Al tocar la primera campanada.
D. GONZALO. Cúbrome, pues, y me siento.
(Se sienta en una mesa a la derecha y se pone el antifaz.)
BUTTARELLI. (Curioso el viejo me tiene
del misterio con que viene...
Y no me quedo contento
hasta saber quién es él.)
(Limpia y trajina, mirándole de reojo.)
D. GONZALO.
¡Que un hombre como yo tenga
que esperar aquí.
En fin, me importa el sosiego
de mi casa, y la ventura
de una hija sencilla y pura,
(Entra Don Diego, también embozado)
D. DIEGO. La seña está terminante,
aquí es: bien me han informado;
llego, pues.
BUTTARELLI. ¿Otro embozado?
D. DIEGO. ¿Ha de esta casa?
BUTTARELLI. Adelante.
D. DIEGO. ¿La hostería del Laurel?
BUTTARELLI. En ella estáis, caballero.
D. DIEGO. ¿Está en casa el hostelero?
BUTTARELLI. Estáis hablando con él.
D. DIEGO. ¿Sois vos Buttarelli?
BUTTARELLI. Yo.
D. DIEGO. ¿Es verdad que hoy tiene aquí
Tenorio una cita?
BUTTARELLI. Sí.
D. DIEGO. ¿Y ha acudido a ella?
BUTTARELLI. No.
D. DIEGO. Pero ¿acudirá?
BUTTARELLI. No sé.
D. DIEGO. ¿Le esperáis vos?
BUTTARELLI. Por si acaso
venir le place.
D. DIEGO. En tal caso,
yo también le esperaré. *(Le da una moneda y se sienta en el lado opuesto a DON GONZALO.)*
D. DIEGO. (¡Que un hombre de mi linaje
descienda a tan ruin mansión!
Pero no hay humillación
a que un padre no se baje
por un hijo. Quiero ver
por mis ojos la verdad.
(BUTTARELLI, que anda arreglando sus trastos, contempla a DON GONZALO y a DON DIEGO)
BUTTARELLI. ¡Vaya un par de hombres de
piedra!

Escena III

(Entran el El capitán centellas y Avellaneda)
AVELLANEDA. Vinieron, y os aseguro
que se efectuará la apuesta.
CENTELLAS. Entremos, pues. ¡Buttarelli!
BUTTARELLI. Señor capitán Centellas,

¿vos por aquí?
CENTELLAS. Sí, Cristófano.
A Túnez me llevaron; mas mi hacienda
me vuelve a traer a Sevilla.
Pronto tráenos unas cuantas botellas.
BUTTARELLI. Sí, sí. Ya va (Va por las botellas)
CENTELLAS. Sentarse, señores,
y que siga Avellaneda
con la historia de don Luis.
AVELLANEDA. No hay ya más que decir de
ella y que apuesto por don Luis.
CENTELLAS. Acaso pierdas.
Don Juan Tenorio se sabe
que es la más mala cabeza
del mundo. Así que por él apuesto
AVELLANEDA. Pues se acepta
(Butarelli trae las botellas)
BUTTARELLI. Aquí hay tinto, blanco, rosado.
CENTELLAS. De lo que quieras
sirve y dinos:
¿qué hay de cierto en una apuesta
por don Juan Tenorio ha un año
y don Luis Mejía hecha?
BUTTARELLI. Señor capitán, no sé
tan a fondo la materia,
pero diré lo que sepa.
Yo, la verdad,
ni me acordaba
de tal cosa, ni creí
que realmente hasta aquí vinieran.
Mas esta tarde, sería
el anochecer apenas,
llegó aquí un caballero
pidiéndome que le diera
con que escribir una carta
con un paje que traía,
paisano mío.
El caballero, en mi lengua
me habló, me pidió noticias
de don Luis y me dio dos monedas
para que en el tiempo oportuno
la mesa tuviera puesta
Y vedla allí con dos sillas,
dos copas y dos botellas.
AVELLANEDA. Pues, señor, no hay que
dudar;
era don Luis.
CENTELLAS. Don Juan era.
AVELLANEDA. ¿Tú no le viste la cara?
BUTTARELLI. ¡Si la traía cubierta
con un antifaz!
CENTELLAS. Pero, hombre,
¿tú a los dos no les recuerdas?
BUTTARELLI. Pues confieso mi torpeza;
no le supe conocer,
Pero silencio.
AVELLANEDA. ¿Qué pasa?
BUTTARELLI. A dar el reloj comienza
los cuartos para las ocho. *(SUENA UN RELOJ.)*
CENTELLAS. Ved, ved la gente que se entra.
AVELLANEDA. Como que está de este lance
curiosa Sevilla entera.

Escena IV

(ENTRA DON JUAN, con antifaz, se llega a la mesa que ha preparado BUTTARELLI Inmediatamente después, entra DON LUIS, también con antifaz. Todos los miran)
D. JUAN. *(A DON LUIS.)*
Esa silla está comprada,
hidalgo.
D. LUIS. *(A DON JUAN.)*
Lo mismo digo,
hidalgo; para un amigo
tengo yo la otra pagada.
D. JUAN. Que ésta es mía haré notorio.
D. LUIS. Y yo también que ésta es mía.
D. JUAN. Luego, sois don Luis Mejía.
D. LUIS. Seréis, pues, don Juan Tenorio.
D. JUAN. Puede ser.
D. LUIS. Vos lo decís.
D. JUAN. ¿No os fiáis?
D. LUIS. No.
D. JUAN. Yo tampoco.
D. LUIS. Pues no hagamos más el coco.
D. JUAN. Yo soy don Juan.
(Quitándose la máscara.)
D. LUIS. Yo don Luis. *(Se QUITA la máscara.)*
(Se descubren y se sientan. EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA, BUTTARELLI los saludan y se abrazan)
CENTELLAS. ¡Don Juan!
AVELLANEDA. ¡Don Luis!
D. JUAN. ¡Caballeros!
D. LUIS. ¡Oh, amigos! ¿Qué dicha es ésta?
AVELLANEDA. Sabíamos vuestra apuesta,
y hemos acudido a veros.
D. LUIS. Don Juan y yo tal bondad
en mucho os agradecemos.
D. JUAN. El tiempo no malgastemos,
don Luis. *(A los otros.)* Sillas arrimad.
(Se sientan todos alrededor de la mesa en que están DON LUIS y DON JUAN)
D. JUAN. ¿Estamos listos?
D. LUIS. Estamos
D. LUIS. Veamos, pues, lo que hicimos.
D. JUAN. Bebamos antes.
D. LUIS. Bebamos. *(BEBEN)*
D. JUAN. La apuesta fue...
D. LUIS. Porque un día
dije que en España entera
no habría nadie que hiciera
lo que hiciera Luis Mejía.
D. JUAN. Y siendo contradictorio
al vuestro mi parecer,
yo os dije: Nadie hade hacer
lo que hará don Juan Tenorio.
¿No es así?
D. LUIS. Sin duda alguna:
y vinimos a apostar

quién de ambos sabría obrar
peor, con mejor fortuna,
en el término de un año.
D. JUAN. Y aquí estoy.
D. LUIS. Y yo.
CENTELLAS. ¡Empeño bien extraño,
por vida mía!
D. JUAN. Hablad, pues.
D. LUIS. No, vos debéis empezar.
D. JUAN. Como gustéis, igual es,
que nunca me hago esperar.
Pues, señor,
Di, pues, sobre Italia.
buscando a sangre y a fuego
amores y desafíos.
En Roma, fijé
en mi puerta este cartel:
«Aquí está don Juan Tenorio”
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
Nápoles, no hay escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.
Por donde quiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.
Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.
Escrito en este papel
está cuanto hice:
y lo que él aquí dice,
lo mantengo yo.
D. LUIS. Leed, pues.
D. JUAN. No; oigamos antes vuestra historia
de riñas y galanteos.
D. LUIS. Pues buscando yo,
como vos, la gloria,
en Flandes conmigo di,
mas con tan negra fortuna,
que al mes de encontrarme allí
todo mi caudal perdí,
Me uní a unos bandoleros,
mas mi capitán, avaro,
puso mi parte en secuestro:
reñimos
y lo maté sin reparo.
Me nombró la gente
pero a la noche siguiente
huí, y les dejé sin blanca.
Salté a Francia. ¡Buen país!,
puse un cartel en París
diciendo: «Aquí hay un don Luis
que viene a adorar a las francesas
y a reñir con los franceses.»
Y cual vos, por donde fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.
Mi hacienda llevo perdida
tres veces: pero mañana
casaré con doña Ana de Pantoja.
Os lo digo, don Juan,
por si queréis asistir.
Esto hice y escrito en este papel
está y lo mantengo por mí.
D. JUAN. La historia es tan semejante
que está en el fiel la balanza,
mas vamos a lo importante,
Contad.
D. LUIS. Contad.
D. JUAN. Veinte y tres.
D. LUIS. Son los muertos. A ver vos.
¡Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.
D. JUAN. Son los muertos.
D. LUIS. Matar es.
D. JUAN. Nueve os llevo.
D. LUIS. Me vencéis.
Pasemos a las conquistas.
D. JUAN. Sumo aquí cincuenta y seis.
D. LUIS. Y yo sumo en vuestras listas
setenta y dos.
D. JUAN. Pues perdéis.
D. LUIS. ¡Es increíble, don Juan!
D. JUAN. Si lo dudáis, apuntados
los testigos ahí están.
D. LUIS. ¡Oh! Y vuestra lista es cabal.
D. JUAN. Desde una princesa real
a la hija de un pescador,
¡oh!, ha recorrido mi amor
toda la escala social.
D. LUIS. Sólo una os falta:
una novicia
que esté para profesar.
D. JUAN. ¡Bah! Pues yo os complaceré,
porque os digo
que a la novicia uniré
la dama de algún amigo
que para casarse esté.
D. LUIS. ¡Pardiez, que sois atrevido!
D. JUAN. Yo os lo apuesto si queréis.
D. LUIS. Digo que acepto el partido. ¿queréis
veinte días?
D. JUAN. Seis.
D. LUIS. ¡Por Dios!
¿cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?
D. JUAN. Partid los días del año
entre las que ahí encontráis.
Uno para enamorarlas,
otro para conseguirlas,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas
y una hora para olvidarlas.
Pero, la verdad

pues vais a casaros,
mañana pienso quitaros
a doña Ana de Pantoja.
D. LUIS. Don Juan, ¿qué es lo que decís?
D. JUAN. Don Luis, lo que oído habéis.
D. LUIS. Ved, don Juan, lo que emprendéis.
D. JUAN. Lo que he de lograr, don Luis.
D. LUIS. ¿Gastón? *(Llamando a Gastón).)*
(Habla DON LUIS en secreto con GASTÓN. DON JUAN habla en secreto con CIUTTI. Los dos se van)

Escena V

DON GONZALO se levanta y se encara con DON JUAN y DON LUIS)
D. GONZALO. ¡Insensatos! ¡Vive Dios
que a no temblarme las manos
a palos os diera muerte a los dos!
D. JUAN. ¡Por Satanás!
¿Me amenazas, viejo audaz?
¿quién eres?
(Intentando quitarle el antifaz)
D. GONZALO. ¡Don Juan!
D. JUAN. ¡Pronto!
D. GONZALO. Mira, pues.
D. JUAN. ¡Don Gonzalo!
D. GONZALO. El mismo soy.
Mas desde hoy
no penséis en doña Inés.
Porque antes que consentir
que se case con vos,
el sepulcro, ¡juro a Dios!,
para ella lo he de abrir.
D. JUAN. Ja, ja, ja. Me hacéis reír,
don Gonzalo;
venirme a provocar,
es como ir a amenazar
a un león con un mal palo.
Advertir os quiero:
o me la dais, o ¡por Dios,
que a quitárosla he de ir!
D. GONZALO. ¡Miserable!
D. JUAN. Dicho está:
sólo una mujer como ésta
me falta para mi apuesta.
(DON DIEGO se levanta y se encara con DON JUAN)
D. DIEGO. No puedo más escucharte,
vil don Juan.
Yo te desprecio, malvado,
nunca vuelvas a mí;
como padre no te reconozco, don Juan.
D. JUAN. ¿Quién osa hablarme así,
me conozcas o no?
D. DIEGO. Me marcho, no te olvides
de que hay un Dios en el cielo.
D. JUAN. ¡Detente! Quiero ver quién eres.
(Deteniéndole.)
D. DIEGO. Nunca.
D. JUAN. ¿Nunca? Ya lo veremos.
(Le arranca el antifaz.)
TODOS. ¡Don Juan! (al mismo tiempo)
D. DIEGO. ¡Villano!
D. JUAN. ¡Válgame Cristo, mi padre!
D. DIEGO. Don Juan, en brazos del vicio
te dejo. ¡Que Dios se apiade de ti!
(Se van DON DIEGO y DON GONZALO.)

Escena VI

D. JUAN. Largo el plazo me ponéis:
Yo no os he ido a pedir
jamás que me perdonéis.
Conque lo dicho, don Luis,
van doña Ana y doña Inés
en apuesta.
D. LUIS. Y el precio es
la vida.
D. JUAN. Vos lo decís:
vamos.
D. LUIS. Vamos.
(Antes de salir se presenta en la taberna una ronda, que los detiene.)
ALGUACIL. ¡Alto allá!
¿Don Juan Tenorio?
D. JUAN. Yo soy.
ALGUACIL. Sed preso.
D. JUAN. ¿Soñando estoy?
¿Por qué?
ALGUACIL. Después lo verá.
D. LUIS *(Acercándose a DON JUAN y riéndose.)*
Tenorio no os extrañéis,
mi paje os ha delatado,
para que vos no ganéis.
Por esta vez, la partida es mía.
(Justo cuando va a salir Don Juan con el alguacil, otra ronda que entra en la escena.)
ALGUACIL. *(Que entra.)*
¡Ténganse allá!
¿Don Luis Mejía?
D. LUIS. Yo soy.
ALGUACIL. Sed preso.
D. LUIS. ¿Soñando estoy?
¡Yo preso!
D. JUAN. *(Soltando la carcajada.)*
¡Ja, ja, ja, ja!
Mejía, no os extrañéis,
mi paje os ha delatado
para que no me estorbéis.
Conque, señores, quedamos
en que la apuesta está en pie.
(Las rondas se llevan a DON JUAN y a DON LUIS; Los siguen. EL CAPITÁN CENTELLAS y AVELLANEDA, quedan en la escena mirándose uno al otro mientras el telón se cierra tras ellos)
AVELLANEDA. Pues yo apuesto por Mejía.
CENTELLAS. Y yo pongo por Tenorio.

(SE CIERRA EL TELÓN)

FIN DEL ACTO I

ACTO II
(La Calle)
Exterior casa Doña Ana de Pantoja
DON JUAN, DON LUIS, DOÑA ANA, CIUTTI, LUCÍA, BRÍGIDA.
SE ABRE TELÓN.

Escena I

(DON LUIS MEJÍA, embozado)

DON LUIS. Ya estoy frente de la casa
de doña Ana, y es preciso
que esta noche la avise
de lo que en Sevilla pasa.
¡Por Dios que nunca pensé
que a doña Ana amara así!
(Don Luis se apoya en la reja de la ventana, sale Doña Ana. Hablan. Por la otra esquina van andando Don Juan y Ciutti)
D. JUAN. Ciutti,
ya viste cuán fácilmente
al carcelero
soborné y me soltó.
¿Mis encargos has cumplido?
CIUTTI. Todos los he concluido.
D. JUAN. ¿La beata...?
CIUTTI. Ésta es la llave
de la puerta del jardín.
D. JUAN. Y ¿te dio carta?
CIUTTI. Ninguna;
me dijo que al convento se volvía,
y que con vos luego hablaría.
D. JUAN. Bien, Ciutti; mientras Sevilla
tranquila en sueño reposa
creyéndome encarcelado,
otros dos nombres añado
a mi lista numerosa.
¡Ja!, ¡ja!
CIUTTI. ¡Señor...!
D. JUAN. ¿Qué?
CIUTTI. Mirad, en esa reja vecina
he visto a un hombre.
Y creo que Don Luis es,
hablando con una dama.
D. JUAN. Preciso es verlo, ¡pardiez!,
Mira, Ciutti: tú con varios de los míos
por esa calle escurríos,
dad vuelta a la redonda
de la casa, para poder cogerlo por sorpresa.
CIUTTI. Decís bien.
D. JUAN. Corre y atájale,
que en ello el vencer consiste.
CIUTTI. ¿Mas si el truhán se resiste?
D. JUAN. Entonces, de un tajo, rájale.
(Mientras tanto en el lado de la ventana)
D. LUIS. ¿Me querrás de ese modo?
D.ª ANA. En todo.
D. LUIS. Páguete el cielo, Ana mía,
respuesta tan entera.
Volveré, pues, otra vez.
D.ª ANA. Sí, a las diez.
D. LUIS. ¿Me aguardarás, Ana?
D.ª ANA. Sí.
Y tú estarás puntual, ¿eh?
D. LUIS. Estaré.
D.ª ANA. *A las diez.(susurrando)*
D. LUIS. Sí, sí…*aquí estaré. Me marcho*
(Don Juan, embozado, se acerca a la ventana de Doña Ana. SE OYEN PASOS. Don Luis se despide rápidamente de Doña Ana, que cierra la ventana y se emboza. Ciutti se esconde tras de Don Luis)

Escena II

D. LUIS. Mas se acercan. ¿Quién va?
D. JUAN. Quien va quiere paso franco.
D. LUIS. Pues cerrado está.
¿Acaso me conocéis?
D. JUAN. Sí.
D. LUIS. ¿Y yo a vos?
D. JUAN. También
D. LUIS. ¡Sois don Juan! ¡Pardiez!
D. JUAN. Sí, soy Don Juan y otra vez
Os he de ganar, ¡vive dios!
D. LUIS. *¡Vive Dios, que lo veremos!*
(Cuando DON LUIS va a desenvainar su espada; CIUTTI, por detrás, lo sujeta.)
¡Ah, traición es!
D. JUAN. Ciutti, a Don Luis ya tenemos
Encerrádmelo hasta el día. *(dirigiéndose a Ciutti.)*
La apuesta está ya en mi mano.
(A DON LUIS.)
Adiós, don Luis:
vuestra dama será mía.
(Ciutti se lleva a Don Luis)
mientras le soplo la dama
él se arrancará los pelos
encerrado en mi bodega.
¿Y ella? Cuando crea hallarse
con él..., ¡ja!, ¡ja!
Mas por allí un bulto negro
se aproxima...
es el bulto una mujer.
¿Otra aventura? Me alegro.

Escena III

BRÍGIDA. ¿Caballero?
D. JUAN. ¿Quién va allá?
BRÍGIDA. ¿Sois don Juan?
D. JUAN. ¡Por vida de...!
¡Si es la beata!
¿Ciutti no os ha entregado
un bolsillo y un papel?
BRÍGIDA. Leyendo estará ahora en él
doña Inés.
D. JUAN. ¿La has preparado?
BRÍGIDA. Vaya; y os la he convencido
con tal maña y de manera,
que irá como una cordera
tras vos.
D. JUAN. ¡Tan fácil te ha sido!
BRÍGIDA. ¡Bah! No cuenta la pobrecilla
diez y siete primaveras,

y aún es virgen a las primeras
impresiones del amor.
«Aquí está Dios», le dijeron;
y ella dijo: «Aquí lo adoro.»
«Aquí está el claustro y el coro.»
Y pensó: «No hay más allá.»
D. JUAN. ¿Y está hermosa?
BRÍGIDA. ¡Oh! Como un ángel.
D. JUAN. ¿Y la has dicho...?
BRÍGIDA. Figuraos
si habré metido mal caos
en su cabeza, don Juan.
La hablé del amor, del mundo,
de la corte y los placeres…
Le dije que erais el hombre
por su padre destinado.
Os he pintado
muerto por ella de amor.
En fin, mis dulces palabras,
dentro de su pecho
han inflamado una llama
de fuerza tal, que ya os ama
y no piensa más que en vos.
D. JUAN.
Todo empezó por una apuesta,
y ahora siento que el corazón me quema.
¡Siento que al mismo infierno bajara,
y a estocadas la arrancara
de los brazos de Satán!
¡Oh! Hermosa flor…
BRÍGIDA. Os estoy oyendo,
y me hacéis perder el tino:
yo os creía un libertino
sin alma y sin corazón.
D. JUAN. ¿Eso te extraña? ¿No está claro
que en un objeto tan noble
hay que interesarse el doble?
BRÍGIDA. Tenéis razón.
D. JUAN. ¿Conque a qué hora se recogen
Las monjas?
BRÍGIDA. Ya recogidas
estarán. Así que en cuanto toquen
a ánimas las campanas, con la llave
que os he dado
saltando por huerto,
fácilmente entrar podéis al convento
Una vez dentro,
Seguid derecho,
y a Doña Inés habréis encontrado.
D. JUAN. Cuando alcance mi tesoro,
tu peso te daré en oro.
Ahora, al convento ve y espérame.
BRÍGIDA. Hasta después.
(Se va BRÍGIDA. Aparece Ciutti justo después)

Escena IV

D. JUAN. Ciutti. *(Llamándole.)*
CIUTTI. Aquí estoy.
D. JUAN. ¿Y don Luis?
CIUTTI. Libre por hoy
estáis de él.
D. JUAN. Ahora quisiera
ver a Lucía,
para que esta nos ayude
a que Doña Ana caiga en la trampa mía.
CIUTTI. Venid, venid
pues ella vive aquí. (A la reja derecha.) Yo la llamo.
(CIUTTI llama a la reja con una seña. SIBIDO. LUCÍA se asoma a la reja).)
LUCÍA. ¿Qué queréis, buen caballero?
D. JUAN. Quiero.
LUCÍA. ¿Qué queréis? Vamos a ver.
D. JUAN. Ver.
LUCÍA. ¿Ver? ¿Qué veréis a esta hora?
D. JUAN. A tu señora.
LUCÍA. Idos, hidalgo, en mal hora;
¿quién pensáis que vive aquí?
D. JUAN. Doña Ana Pantoja, y
quiero ver a tu señora.
LUCÍA. ¿Sabéis que casa doña Ana?
D. JUAN. Sí, mañana.
LUCÍA. ¿Y ha de ser tan infiel ya?
D. JUAN. Sí será.
LUCÍA. ¿Pues no es de don Luis Mejía?
D. JUAN. Otro día.
Hoy no es mañana, Lucía:
yo he de estar hoy con doña Ana,
y si se casa mañana,
mañana será otro día.
LUCÍA. ¿Qué haré si os he de servir?
D. JUAN. Abrir.
LUCÍA. ¡Bah! ¿Y quién abre este castillo?
D. JUAN. Este bolsillo.
LUCÍA. ¿Oro?
D. JUAN. Pronto te dio el brillo. De cien doblas pasa.
LUCÍA. ¡Jesús! ¿y qué nombre usa el galán?
D. JUAN. Don Juan.
LUCÍA. ¡Ánimas del purgatorio!
¿Vos don Juan?
D. JUAN. ¿Qué te amedrenta,
si a tus ojos se presenta
muy rico don Juan Tenorio?
LUCÍA. Rechina la cerradura.
D. JUAN. Dobla el oro.
LUCÍA. Pues…me acomodo.
Pero dadme tiempo, ¡pardiez!
D. JUAN. A las diez.
LUCÍA. ¿Estaréis puntual, eh?
D. JUAN. Estaré.
LUCÍA. Pues yo una llave os traeré.
No me faltéis.
D. JUAN. A las diez aquí estaré.
Adiós, pues, y en mí confía.
(LUCÍA cierra la ventana. CIUTTI se acerca a DON JUAN a una seña de éste.)
(Mientras se va cerrando el telón detrás)
D. JUAN. *(Riéndose.)*
Con oro nada hay que falle:
Ciutti ya sabes mi intento:

a las nueve en el convento;
a las diez, en esta calle. *(Se van.)*

Fin acto II

Acto III
(El convento)

DON JUAN, DOÑA INÉS, DON GONZALO, BRÍGIDA, LA ABADESA

SE ABRE EL TELÓN

Escena I
(En la celda de Doña Inés)

ABADESA. ¿Conque me habéis entendido?
D.ª INÉS. Sí, señora.
ABADESA. Sois joven, cándida y buena;
vivido en el claustro habéis
casi desde que nacisteis;
Dichosa, sí, doña Inés,
que no conociendo el mundo,
no le debéis de temer.
Ignorando lo que hay
tras esa santa pared,
jamás nada apeteceréis.
¡Ay! En verdad que os envidio,
¿Suspiráis?... estáis inquieta
por vuestra aya,
a vuestro padre fue a ver…
No os preocupéis., que pronto aquí la tendréis…
Así que vamos, doña Inés,
recogeos, que ya es hora.
D.ª INÉS. Id con Dios, madre abadesa.
ABADESA. Adiós, hija.
(Se va)
D.ª INÉS. Ya se fue.
No sé qué tengo, ¡ay de mí!,
Otras noches, complacida,
a la madre abadesa
sus palabras escuché;
Mas hoy la oí distraída.
¡Ay de mí...! ¡Pero mi dueña,
dónde estará...!
(SE ESCUCHAN PASOS y una PUERTA)
Mas pasos siento en el claustro;
¡oh!, reconozco muy bien
sus pisadas... Ya está aquí.

Escena II

BRÍGIDA. Buenas noches, doña Inés.
D.ª INÉS. ¿Cómo habéis tardado tanto?
BRÍGIDA. Voy a cerrar esta puerta.
D.ª INÉS. Hay orden de que esté abierta.
BRÍGIDA. Eso es muy bueno y muy santo
para las otras novicias
pero no para vos, doña Inés.
D.ª INÉS. Brígida, ¿no ves que las reglas del
monasterio no lo permiten...?
BRÍGIDA. ¡Bah!, ¡bah!
Más seguro así se está,
¿habéis mirado
el libro que os he traído?
D.ª INÉS. ¡Ay!, se me había olvidado.
BRÍGIDA. ¡Pues me hace gracia el olvido!
D.ª INÉS. ¡Como la madre abadesa
se entró aquí inmediatamente!
BRÍGIDA. ¡Vieja más impertinente!
D.ª INÉS. ¿Pues tanto el libro interesa?
BRÍGIDA. ¡Vaya si interesa!
¡quedó con poco afán
el infeliz!
D.ª INÉS. ¿Quién?
BRÍGIDA Don Juan.
D.ª INÉS. ¡Válgame el cielo! ¡Qué escucho!
¿Es don Juan quien me le envía?
BRÍGIDA. Por supuesto.
Si ese horario no tomáis,
tal pesadumbre le dais
que va a enfermar; lo estoy viendo.
D.ª INÉS. ¡Ah! No, no: de esa manera,
Entonces…lo tomaré.
D.ª INÉS. ¡Y qué bonito es!
BRÍGIDA. Ya veis;
quien quiere agradar, se esmera.
D.ª INÉS. Con sus manecillas de oro.
A ver, a ver si tiene el rezo del coro…
*(Lo abre, y **cae una carta** de entre sus hojas.)*
Mas, ¿qué cayó?
BRÍGIDA. Un papelito.
D.ª INÉS. Una carta!
BRÍGIDA. Claro está;
en esa carta os vendrá
ofreciendo el regalito.
D.ª INÉS. ¡Qué! ¿Será suyo el papel?
BRÍGIDA. ¡Vaya, que sois inocente!
Claro que es de él.
D.ª INÉS. ¡Ay, Jesús! (NERVIOSA)
BRÍGIDA. ¿Qué es lo que os da?
D.ª INÉS. Nada, Brígida, no es nada.
BRÍGIDA. No, no; si estáis inmutada.
(APARTE. Ya presa en la red está.)
¿Se os pasa?
D.ª INÉS. Sí.
BRÍGIDA. Eso habrá sido
cualquier mareíllo vano.
D.ª INÉS. ¡Ay! Se me abrasa la mano
con que el papel he cogido.
BRÍGIDA. Doña Inés, ¡válgame Dios!
Jamás os he visto así:
estáis temblando.
D.ª INÉS. ¡Ay de mí!
(Apoya su cabeza en el pecho de Brígida)
BRÍGIDA. ¿Qué es lo que pasa por vos?
D.ª INÉS. No sé: desde que lo vi,
Brígida mía, y su nombre
dijiste, tengo a ese hombre
siempre delante de mí.
No sé qué fascinación
Ejerce en mi mente y mi corazón.
BRÍGIDA. ¡Válgame Dios! Doña Inés,
según lo vais explicando,
tentaciones me van dando
de creer que eso amor es.

D.ª INÉS. ¡Amor has dicho!
BRÍGIDA. Sí, amor.
D.ª INÉS. No, de ninguna manera.
(Apartándose de Brígida)
BRÍGIDA. Pues por amor lo entendiera
el menos entendedor;
mas vamos la carta a ver:
D.ª INÉS. ¡Ay!, que cuanto más la miro,
menos me atrevo a leer.
(Lee.)
«Doña Inés del alma mía.»
¡Virgen Santa, qué principio!
(Se persigna)
BRÍGIDA. Vendrá en verso y será un ripio.
Vamos, seguid adelante.
D.ª INÉS. *(Lee.)*
«Luz de donde el sol la toma,
hermosísima paloma
privada de libertad,
si os dignáis por estas letras
pasar vuestros lindos ojos,
no los tornéis con enojos
sin concluir, acabad.»
BRÍGIDA. ¡Qué humildad! ¡Y qué finura!
D.ª INÉS. Brígida, no sé qué siento.
BRÍGIDA. Seguid, seguid la lectura.
D.ª INÉS. *(Lee.)*
«Nuestros padres
nuestras bodas acordaron.
Y halagado desde entonces
con tan risueña esperanza,
mi alma, doña Inés, no alcanza
otro porvenir que vos"
Yo desfallezco, Brígida
BRÍGIDA. Adelante.
D.ª INÉS. *(Lee.)*
«Inés, alma de mi alma,
Si el mundo apenada miras,
y por el mundo suspiras
de libertad con afán,
acuérdate que al pie mismo
de esos muros que te guardan,
para salvarte te aguardan
los brazos de tu don Juan.»
(Doña Inés sufre un ligero mareo. PRIMER DESMAYO)
¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!
que me siento morir?
BRÍGIDA. *(Ya tragó todo el anzuelo.)*
Vamos, que está al concluir.
D.ª INÉS. *(Lee.)*
«Acuérdate de quien llora
al pie de tu celosía;
acuérdate de quien vive
sólo por ti, ¡vida mía!
y que a tus pies volaría
si tú lo pidieras»
BRÍGIDA. ¿Lo veis? Vendría.
D.ª INÉS. ¡Vendría!
BRÍGIDA. A postrarse a vuestros pies.
D.ª INÉS. ¡Virgen María!
(DOÑA INÉS vuelve a marearse de nuevo. SEGUNDO DESMAYO)
¡Ay!
¿Qué es lo que me pasa?
¿Quién roba la dulce calma
de mi corazón?
BRÍGIDA. Don Juan.
D:ª INÉS. ¡Don Juan dices...!
(Se oyen CAMPANADAS dando las ánimas.)
BRÍGIDA. ¡Silencio, por Dios!
D.ª INÉS. Me estremeces.
BRÍGIDA. ¿Oís, doña Inés, tocar?
Pues no habléis de él.
D.ª INÉS. ¡Cielo santo!
¿De quién?
BRÍGIDA. ¿De quién ha de ser?
De ese don Juan que amáis tanto,
porque puede aparecer.
D.ª INÉS. ¡Me asustas! ¿Puede ese hombre
llegar hasta aquí?
BRÍGIDA. Quizá.
D.ª INÉS. ¿Es un espíritu, pues?
BRÍGIDA. No, mas si tiene una llave...
D.ª INÉS. ¡Dios!
BRÍGIDA. Silencio, doña Inés:
¿no oís pasos?
(SE OYEN PASOS)
D.ª INÉS. ¡Ay!
BRÍGIDA. Las nueve dan.
Suben...,se acercan... Señora...
Ya está aquí.
D.ª INÉS. ¿Quién?
BRÍGIDA. Él.
D.ª INÉS. ¡Don Juan!
(ENTRA DON JUAN)
D.ª INÉS. ¿Qué es esto? Sueño..., deliro.
D. JUAN. ¡Inés de mi corazón!(Va hacia Doña Inés)
D.ª INÉS. ¿Es realidad lo que miro,
o es una ilusión...?
Tenedme.... apenas respiro...
Sombra.... huye por compasión.
¡Ay de mí...!
(Se Desmaya DOÑA INÉS y DON JUAN la sostiene. A DOÑA INÉS se le cae la carta al suelo al desmayarse.)
BRÍGIDA. Le ha fascinado
vuestra repentina entrada,
y el pavor la ha trastornado.
D. JUAN. Mejor
BRÍGIDA. ¡Oh, vais a sacarla así!
D. JUAN. Necia, ¿piensas que rompí
Su clausura
para dejármela aquí?
Mi gente abajo me espera:
sígueme.
BRÍGIDA. ¡Ay! Este hombre es una fiera.
(SE VAN. Don Juan se lleva en brazos a Doña Inés desmayada

Escena III

ABADESA. Jurara que había oído
por estos claustros pasos.
Mas no están
Aquí, ni Brígida ni Doña Inés
¿Qué pudo ocurrir
a las dos, para salir?
(Entra Don Gonzalo. Al sentirlo, la abadesa se da la vuelta)
Si es el señor don Gonzalo de Ulloa.
D. GONZALO. Perdonad, madre abadesa,
que en hora tal os moleste;
mas asunto es éste que…
ABADESA. Hablad, pues.
D. GONZALO. Se me acaba de decir
que han visto a Brígida
en la ciudad
hablando con el criado
de don Juan.
En tiempo atrás se pensó
con él a mi hija casar,
y hoy, que se la fui a negar,
robármela me juró.
Un día, una hora quizás
de imprevisión, le bastara
para que mi honor manchara
a ese hijo de Satanás.
He aquí mi inquietud cuál es.
ABADESA. Pues, hace poco sentí a las dos
salir de aquí, no sé a qué.
D. GONZALO. ¡Ay! Por qué tiemblo no sé.
¡Mas qué veo, santo Dios!
Un papel..., ¿qué significará?,
¿de quién será?
(Coge el papel. Leyendo.)
Veamos qué en ella se dice:
«Doña Inés del alma mía...»
¿Para Doña Inés, mi hija?
Y firmada por don Juan.
Ved..., ved..., esa prueba escrita.
(Acercándoselo a la madre abadesa)
Leed ahí... ¡Oh! Mientras que vos
por ella rogáis a Dios
viene el diablo y os la quita.
ABADESA. Pero ¿dónde vais, comendador?
D. GONZALO. ¡Imbécil!, tras de mi honor.
(Se CIERRA EL TELÓN)

Acto IV

(La casa de Don Juan)

DON JUAN, DOÑA INÉS, DON GONZALO, DON LUIS, CIUTTI, BRÍGIDA, ALGUACILES 1º. y 2.º

(SE ABRE EL TELÓN)

Escena I

(SE ESCUHA EL RÍO Y PÁJAROS)

BRÍGIDA. ¡Qué noche, válgame Dios!
no me puedo menear.
CIUTTI. ¿Pues qué os duele?
BRÍGIDA. Todo el cuerpo
y toda el alma además. ¡Jesús!
CIUTTI. ¡Ya! No estáis acostumbrada
al caballo, es natural.
CIUTTI. ¿Y esa niña está
reposando todavía?
BRÍGIDA. ¿Y a qué se ha de despertar?
CIUTTI. Sí, es mejor que abra los ojos
en los brazos de don Juan.
¡Mas ya tarda, vive Dios!
De vuelta
debía a las doce estar.
BRÍGIDA. ¿Pero por qué no se vino
con nosotros?
CIUTTI. Tiene allá
en la ciudad todavía
cuatro cosas que arreglar.
Venid a este balcón
¿Qué veis?
BRÍGIDA. Veo un barco
que anclado en el río está.
CIUTTI. su patrón sólo aguarda
las órdenes de don Juan,
y salvos a Italia nos llevará.
BRÍGIDA. ¡Chist! Ya siento a doña Inés.
CIUTTI. Pues yo me voy, que don Juan
encargó que sola vos
debíais con ella hablar. Adiós, pues.
BRÍGIDA. Vete en paz.
(Se despierta Doña Inés, que en un sofá dormida estaba)
D.ª INÉS. Dios mío, ¡cuánto he soñado!
¿qué hora será?
¿Pero qué es esto, ay de mí?
No recuerdo que jamás
haya visto este aposento.
¿Quién me trajo aquí?
BRÍGIDA. Don Juan.
D.ª INÉS. Siempre don Juan
Pero dime, en caridad,
¿dónde estamos? ¿Este cuarto
es del convento?
BRÍGIDA. ¡Qué va!
aquello era un cuchitril. Mirad,
mirad por este balcón,
y alcanzaréis lo que va
desde un convento de monjas
a una quinta de don Juan.
(SE LEVANTA Y MIRA)
D.ª INÉS. ¿Es de don Juan esta quinta?
BRÍGIDA. Y creo que vuestra ya.
D.ª INÉS. Pero no comprendo, Brígida.
BRÍGIDA. Escuchad.
Estabais en el convento
leyendo con mucho afán
una carta de don Juan,
cuando estalló en un momento
un incendio formidable.
D.ª INÉS. ¡Jesús!
BRÍGIDA. Espantoso, inmenso;
el humo era ya tan denso,
que apenas respirar podíamos.
Nos íbamos a asfixiar…
Pero don Juan, que os adora,
viendo que ibais a abrasaros,

se metió para salvaros.
Os desmayasteis
y él en sus brazos os tomó
y echó a huir; yo le seguí,
Y henos, doña Inés, aquí.
D.ª INÉS. ¿Conque ésta es su casa?
¡Oh! Huyamos…
yo tengo la casa de mi padre.
BRÍGIDA. Pero, Doña Inés,
la existencia os ha salvado.
D.ª INÉS. Sí, pero me ha envenenado
el corazón.
BRÍGIDA. Entonces… ¿Le amáis, pues?
D.ª INÉS. No sé... por compasión,
huyamos pronto de ese hombre.
¡Ah! Tú me diste un papel
Escrito por él.
Tú, Brígida, a todas horas
me venías de él a hablar.
Tú me dijiste que estaba
para mí destinado.
¿Qué le amo, dices?... Pues bien,
si esto es amar, sí, le amo.
Vamos, pues; vámonos de aquí
Antes de que ese hombre venga;
Y yo no tenga fuerza.
BRÍGIDA. Esperad
¿No oís?
D.ª INÉS. ¿Qué?
BRÍGIDA. Ruido de remos.
(SE ESCUCHA RUIDO DE RÍO, PáJAROS Y REMOS y gente)
BRÍGIDA. Ya imposible que salgamos.
D.ª INÉS. ¿Por qué razón?
BRÍGIDA. Porque él es
quien en ese barquichuelo viene.
D.ª INÉS. ¡Ay! ¡Dadme fuerzas, Dios mío!
BRÍGIDA. Ya llegó, ya está en el suelo.
Sus gentes nos volverán
a casa: mas antes de irnos,
es preciso despedirnos
a lo menos de don Juan.
D.ª INÉS. Sea, y así podremos irnos antes.
BRÍGIDA. (Los ojos te hará volver
el encontrarle delante.)
Vamos.

Escena III

(Entran en la habitación Don Juan y Ciutti)
CIUTTI. Aquí están.
BRÍGIDA. ¡Nos busca!
D. JUAN. ¿A dónde vais, doña Inés?
D.ª INÉS. Dejadme salir, don Juan.
D. JUAN. ¿Qué os deje salir?
BRÍGIDA. Señor,
sabiendo ya el accidente
del fuego, estará impaciente
por su hija el comendador.
D. JUAN. ¡El fuego! ¡Ah! No os dé cuidado
por don Gonzalo, que ya
el mensaje le he enviado.
D.ª INÉS. ¿Le habéis dicho...?
(DON JUAN se acerca a Doña Inés y la sienta en el sofá, él la toma de la mano y apoya su rodilla en el sofá. Brígida y Ciutti se apartan)
D. JUAN. Que os hallabais
bajo mi amparo segura.
¡Cálmate, pues, vida mía!
Reposa aquí un momento
Y olvida la tristeza del convento.
¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?
¿no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?
Y estas palabras que están
filtrando tu corazón
donde un fuego está naciendo
¿no es verdad, estrella mía,
que están respirando amor?
D.ª INÉS. Callad, por Dios, ¡don Juan!,
¡Ah! Callad, por compasión,
mi cerebro enloquece,
y arde mi corazón.
¡Don Juan!, ¡don Juan!,
o arráncame el corazón,
o ámame, porque te adoro.
D. JUAN. ¡Alma mía! Esa palabra
cambia de modo mi ser.
Me siento a tus pies
capaz aún de la virtud.
Sí; iré mi orgullo a postrar
ante el comendador,
y o habrá de darme tu amor,
o me tendrá que matar,
D.ª INÉS. ¡Don Juan de mi corazón!
D. JUAN. ¡Silencio! ¿Habéis escuchado?
D.ª INÉS. ¿Qué?
(SE ESCUCHA RUIDO DE RÍO, PáJAROS Y REMOS y gente)
D. JUAN. *(Mira por el balcón.)*
Sí, una barca ha atracado.
Un hombre embozado de ella
salta... Brígida, al momento
pasad a ese otro aposento.
D.ª INÉS. ¿Tardarás?
D. JUAN. Poco ha de ser.
(Doña Inés y Brígida se van a otra habitación)

Escena IV

CIUTTI. ¿Señor?
Hay ahí un embozado
en veros muy empeñado.
D. JUAN. ¿Trae gente o solo viene?
CIUTTI. Sólo él.
D. JUAN. Que entre.
(Sale Ciutti. Se ciñe la espada y suspende al cinto un par de pistolas)
(Entra Don Luis)
D. JUAN. Decid, pues, caballero: ¿a qué venís
a esta hora?
D. LUIS. Vengo a mataros, don Juan.
D. JUAN. Según eso, sois don D. Luis.
D. LUIS. No os engañó el corazón.
El tiempo no malgastemos,
los dos no cabemos
ya en la tierra.
D. JUAN. Soy de la misma opinión.
D. LUIS. Salgamos, pues.
D. JUAN. Esperad.
D. LUIS. ¿Qué sucede?
D. JUAN. Ruido siento.
(ENTRA CIUTTI)
CIUTTI. Señor, la vida salvad.

El comendador
llega con gente armada.
D. JUAN. Déjale libre la entrada,
pero a él solo.
Obedéceme.
(SALE CIUTTI.)
D. JUAN. Don Luis,
pues de mí os habéis fiado
no dudaré en suplicaros,
pues mi valor conocéis,
que un instante me aguardéis.
D. LUIS. No me fío de vos.
D. JUAN. Pasad dentro;
Desde ahí ved y escuchad;
Abierta tenéis esa puerta.
Si veis mi conducta incierta,
como os parezca, obrad.
(Entra DON LUIS en el cuarto que DON JUAN le señala.)

(ENTRA Don GONZALO)
D. GONZALO. ¿dónde está ese traidor?
D. JUAN. Aquí está, comendador.
D. GONZALO. ¿De rodillas?
D. JUAN. Y a tus pies.
D. GONZALO ¿Ése es el valor, Tenorio,
de que presumes
D. JUAN. ¡Comendador!
D. GONZALO. Miserable,
tú has robado a mí hija Inés
de su convento.
D. JUAN. Jamás delante de un hombre
mi alta cerviz incliné,
ni he suplicado jamás,
ni a mi padre, ni a mi rey.
Y pues conservo a tus plantas
la postura en que me ves,
considera, don Gonzalo,
que razón debo tener.
D. GONZALO. Lo que tienes es pavor
de mi justicia.
D. JUAN. ¡Pardiez!
Óyeme, comendador,
yo idolatro a doña Inés.
Su amor me torna en otro hombre,
ella puede hacer un ángel
de quien un demonio fue.
Escucha, pues, don Gonzalo,
lo que te puede ofrecer
el audaz don Juan Tenorio
de rodillas a tus pies.
Yo seré esclavo de tu hija,
en tu casa viviré,
tú gobernarás mi hacienda,
diciéndome esto ha de ser.
D. GONZALO. Basta, don Juan; no sé cómo
me he podido contener,
Don Juan, tú eres un cobarde.
¿Tú su esposo? ¡Nunca, nunca!
Primero la mataré.
¡Ea! Entrégamela
o el pecho te cruzaré.
D. JUAN. Míralo bien, don Gonzalo;
que vas a hacerme perder
la esperanza de mi salvación.
D. GONZALO. ¿Y qué tengo yo, don Juan,
con tu salvación que ver?
D. JUAN. ¡Comendador, que me pierdes!
D. GONZALO. Mi hija.
D. JUAN. Considera bien
que por cuantos medios pude
te quise satisfacer;
y que con armas al cinto
tus insultos toleré,
proponiéndote la paz
de rodillas a tus pies.

EscenaVI

(Sale Don Luis del cuarto de al lado, riendo a carcajadas y aplaudiendo con sorna)
D. LUIS. Muy bien, don Juan.
D. JUAN. ¡Vive Dios!
D. GONZALO. ¿Quién es ese hombre?
D. LUIS. Un testigo
de su miedo, y un amigo,
Comendador, para vos.
D. JUAN. ¡Don Luis!
D. LUIS. Ya he visto bastante don Juan
D. JUAN. ¡Basta, pues!
Acabemos de una vez,
Y que venza el infierno, pues
mi alma así vuelves a hundir en el vicio,
cuando Dios me llame a juicio,
tú responderás por mí.
(Le da un pistoletazo a Don Gonzalo.
SUENA UN TIRO)
D. GONZALO. ¡Asesino! *(Cae.)*
D. JUAN. Y tú, insensato,
que me llamas vil ladrón,
di que cara a cara te mato.
(Riñen, y le da una estocada.
SUENAN ESPADAS)
LUIS ¡Jesús! *(Cae.)*
D. JUAN.
(A Don Luis)
Tarde tu fe ciega
acude al cielo, Mejía,
y no fue por culpa mía.

Escena VII

(ENTRA CIUTTI)
CIUTTI.
¿Don Juan? Por aquí; salvaos.
D. JUAN. Allá voy.
Llamé al cielo y no me oyó,
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo, y no yo.
(Sale don Juan.
Se escucha un hombre arrojándose al río)

Escena VIII

(Entran los alguaciles en busca de Don Juan)
ALGUACIL 1.º El tiro ha sonado aquí.
ALGUACIL 2.º ¡Santo Dios!
Aquí hay un cadáver.
ALGUACIL 2.º Dos.
ALGUACIL 1.º ¿Y el matador?
ALGUACIL 2.º Por allí. (Señalando al balcón)

(Entran DOÑA INÉS y Brígida que han escuchado ruido. Reconoce el cadáver de su padre. Se arroja sobre él y llora)

SE CIERRA TELÓN

ACTO V
(El panteón)
SE ABRE EL TELÓN

Panteón de la familia TENORIO. En primer término los sepulcros de DON GONZALO, de DOÑA INÉS y de DON LUIS, sobre los cuales se ven sus estatuas de piedra. El sepulcro de DON GONZALO a la derecha, y su estatua de rodillas; el de DON LUIS a la izquierda, y su estatua también de rodillas; el de DOÑA INÉS en el centro, y su estatua de pie. En segundo término, y en puesto elevado, el sepulcro y estatua del fundador DON DIEGO.

Escena I

(SE ESCUCHA UN BÚHO)

ESCULTOR. (Disponiéndose a marchar) Pues, señor,
es cosa hecha,
el alma de don Diego puede reposar muy satisfecha..
Mas ¿quién llega?
(SONIDO VERJA)
D. JUAN. Dios le guarde.
ESCULTOR. Perdonad,
ya es tarde, y debo marchar.
D. JUAN. Aguardad
un instante, porque quiero
que me expliquéis...
Años ha que falto de España,
y me chocó ver este recinto
enteramente distinto
de cuando yo le dejé.
ESCULTOR. Y lo creo; como que esto
era entonces un palacio
y hoy es panteón.
D. JUAN. ¡El palacio hecho panteón!
ESCULTOR. Tal fue de su antiguo dueño
la voluntad.
D. JUAN. ¡Y, por Dios, que es de admirar!
ESCULTOR. Es una famosa historia,
a la cual debo mi gloria.
D. JUAN. ¿Me la podréis relatar?
ESCULTOR. Pues habitó esta ciudad
y este palacio heredado,
un varón muy estimado
por su noble calidad.
D. JUAN. Don Diego Tenorio.
ESCULTOR. El mismo.
Tuvo un hijo este don Diego
peor mil veces que el fuego,
un quimerista, seductor…
Pero obró cuerdamente el muerto
para ganarse la gloria.
D. JUAN. Pues ¿cómo obró?
ESCULTOR. Dejó entera
su hacienda al que la empleara
en un panteón que asombrara
a la gente venidera.
Mas con condición
que se enterraran también en él
a los que por la mano cruel
de su hijo sucumbieron.
D. JUAN. ¿Y vos sois quizás,
el conserje?
ESCULTOR. El Escultor
(Señalando a la de DON LUIS.)
D. JUAN. ¡Buen busto es el de Mejía!
(Contempla las estatuas unas tras otras.)
Aquí el comendador
se representa muy bien.
ESCULTOR. Yo quise poner también
la estatua del matador, pero no pude
Un Lucifer dicen que era el caballero
don Juan Tenorio.
D. JUAN. ¡Muy malo!
Si pudiera hablar,
le habría de confirmar
la estatua de don Gonzalo.
ESCULTOR. ¿También habéis conocido
a don Juan?
D. JUAN. Mucho.
ESCULTOR. Don Diego
le abandonó desde luego
desheredándole.
D. JUAN. Ha sido
para don Juan poco daño.
ESCULTOR. Dicen que ha muerto.
D. JUAN. Es engaño:
vive.
ESCULTOR. ¿Y dónde?
D. JUAN. Aquí, en Sevilla.
ESCULTOR. ¿Creéis que ose aquí venir?
D. JUAN. ¿Por qué no?
ESCULTOR. Sólo a él le está prohibida
la entrada.
D. JUAN. Trae don Juan muy buena espada,
y no sé quién se lo impida.
ESCULTOR. ¡Jesús!
DON JUAN. (Aproximándose a la estatua de D.Inés)
Mas, ¡cielos, qué es lo que veo!
¿doña Inés es?
ESCULTOR. Sin duda.
D. JUAN. ¿También murió?
ESCULTOR. Dicen que de sentimiento.
DON JUAN ¡Cuán bella y cuán parecida es!
¡Quién pudiera, doña Inés,
volver a darte la vida!
ESCULTOR. Mas vamos de aquí, señor,
que aún las llaves entregadas
no están.
D. JUAN. Entregádmelas a mí,
y marchaos desde ahora.
ESCULTOR. ¿A vos?
D. JUAN. A mí.
ESCULTOR. Como no tengo el honor...
Si el nombre al menos supiera...
D. JUAN. ¡Viven los cielos!
Dejad a don Juan Tenorio
velar el lecho mortuorio
en que duermen sus abuelos.
ESCULTOR. ¡Don Juan Tenorio!
D. JUAN. Yo soy.
Y si no me satisfaces,
compañía juro que haces
a tus estatuas desde hoy.
ESCULTOR. *(Alargándole las llaves.)*
Tomad.
(Se va el escultor)

Escena II

DON JUAN. (A las estatuas)
No os podéis quejar de mí,
vosotros a quien maté;
si buena vida os quité,
buena sepultura os di.
(Se dirige a la estatua de DOÑA INÉS, hablándola con respeto.)

Mármol en quien doña Inés
en cuerpo sin alma existe,
deja que el alma de un triste
llore un momento a tus pies.
(Se apoya en el sepulcro, ocultando el rostro y llora. Estatua DOÑA INÉS se mueve y acaricia el pelo de Don Juan)
¿Qué es esto? ¿Acaso un sueño?
SOMBRA. Mi espíritu, don Juan,
D. JUAN. *(De rodillas.)*
¡Doña Inés! Sombra querida,
alma de mi corazón.
SOMBRA. Soy doña Inés, don Juan,
que te oyó en su sepultura.
D. JUAN. ¿Conque vives?
SOMBRA. Para ti;
Mas tengo mi purgatorio.
Yo a Dios mi alma ofrecí
en precio de tu alma impura,
y Dios me dijo «Espera a don Juan
en tu misma sepultura.
con don Juan te salvarás,
o te perderás con él"
D. JUAN. *(Fascinado.)*
¡Yo estoy soñando quizás
con las sombras de un Edén!
SOMBRA. No y ve que si piensas bien,
a tu lado me tendrás;
mas si obras mal, causarás
nuestra eterna desventura.
Medita con cordura.
(La estatua DOÑA INÉS vuelve a estar como antes: quieta)
D. JUAN. ¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?
¡Hasta los muertos así
dejan sus tumbas por mí!
¡Bah, sólo un delirio fue!
Mas su estatua estaba aquí.
Sí, yo la vi y la toqué.
(Las estatuas se mueven lentamente y vuelven la cabeza hacia él.)
Sí, sí; ¡alzaos, fantasmas vanos,
y os volveré con mis manos
a vuestros lechos de piedra!
Yo soy vuestro matador
como al mundo es bien notorio.

(RUIDO DE VERJA)

Escena III

(Aparecen centellas y Avellaneda)

CENTELLAS. ¿Sois Don Juan Tenorio? (dudando)
D. JUAN. *(Volviendo en sí.)¡Centellas!*
CENTELLAS. Os hemos reconocido,
y un abrazo hemos venido
a daros. Mas ¿qué tenéis? os tiembla el brazo.
D. JUAN. *(Recobrando su aplomo.)*
La luna tal vez lo hará.
AVELLANEDA. Mas, don Juan, ¿qué hacéis aquí?
D. JUAN. Sólo tenéis que mirar a mi alrededor,
y no veréis más que amigos
de mi niñez, o testigos
de mi audacia y mi valor.
CENTELLAS. Pero os oímos hablar:
¿con quién estabais?
D. JUAN. Con ellos.
CENTELLAS. ¿Venís aún a escarnecellos?
D. JUAN. No, los vengo a visitar.
Si volvieran a salir
de las tumbas en que están,
a las manos de don Juan
volverían a morir.
Capitán, vamos de aquí.
CENTELLAS. Vamos, y nos contaréis
cómo a Sevilla volvéis
otra vez.
D. JUAN. Lo haré así,
si mi historia os interesa
Así pues cenaréis conmigo
y en mi casa.
Aunque alguno de estos se merece
Que a la cena lo invitemos.
(Señalando a las estatuas de los sepulcros.)
CENTELLAS. Don Juan,
dejad tranquilos a los muertos
D. JUAN. Yo, a nada tengo pavor.
(Dirigiéndose a la estatua de DON GONZALO)
Tú eres el más ofendido;
mas si quieres, te convido
a cenar comendador.
CENTELLAS. Don Juan, eso no es valor;
locura, delirio es.
D. JUAN. Como lo juzguéis mejor.
(Se vuelve de nuevo)
Lo dicho, comendador.
(Se van los tres del cementerio)

SE CIERRA TELÓN

Acto V
(La Cena)
SE ABRE EL TELÓN

En casa de Don Juan de nuevo. *Al alzarse el telón están sentados a la mesa DON JUAN, CENTELLAS y AVELLANEDA. La mesa ricamente servida. Hay una silla y un cubierto desocupados, para el comendador*

Escena I

D. JUAN. Tal es mi historia, señores.
Y heme aquí en Sevilla ya.
CENTELLAS. ¡Y con qué lujo y riqueza!
D. JUAN. Siempre vive con grandeza
quien hecho a grandeza está. (Hace un gesto con la mano para llamar a Ciutti)
CIUTTI. ¿Señor?
D. JUAN. Pon vino al Comendador. *(Señalando el vaso del puesto vacío.)*
CENTELLAS. Brindemos a su memoria
D. JUAN. Sea.
CENTELLAS. Brindemos.
D. JUAN. Brindemos.
(Mientras beben se oye lejos un aldabonazo. UN GOLPE)
Mas ¿llamaron? Ciutti, ve a ver quién es.
(Se Asoma por la ventana. A nadie se ve)
(A CIUTTI.)
Bueno, pues cierra y sirve licor.
(Llaman otra vez. GOLPE MÁS FUERTE)
Mas ¿llamaron otra vez?
Vuelve a mirar.
CIUTTI. ¡Pardiez!
A nadie veo, señor.
D. JUAN. ¡Pues, por Dios, harto estoy
de este bromazo.
Ciutti, si vuelve a llamar
suéltale un pistoletazo.

(Llaman otra vez. GOLPE más CERCA)
¿Otra vez?
CIUTTI. ¡Cielos!
AVELLANEDA. ¿Qué pasa?
CIUTTI. Que ese golpe sonó dentro de la casa.
AVELLANEDA. ¿Qué dices?
(Levantándose asombrados Centellas y Avellaneda.)
D. JUAN. ¡Ah! Ya lo entiendo; me habéis
vosotros mismos dispuesto
esta comedia, supuesto
que lo del muerto sabéis.
AVELLANEDA. Yo os juro, don Juan...
Que nada sabemos de esto.
DON JUAN. Pues las bromas desdichadas
No me han de impedir cenar.
(Se levanta, y corre los cerrojos de las puertas. Ruido cerrojo)
Ya están las puertas cerradas
ahora el coco, para entrar,
tendrá que echarlas al suelo.
AVELLANEDA y CENTELLAS. Bebamos
(Llaman de nuevo. GOLPE)
D. JUAN. Pesada me es ya la broma,
(A CIUTTI.)
Trae otro manjar:
(Se va CIUTTI.)
mas me ocurre en este instante
que nos podemos mofar
de los de afuera.
CENTELLAS. Idea brillante,
(Llaman fuerte. GOLPE.)
D. JUAN. ¡Señores! ¿A qué llamar?
Los muertos pueden por la pared pasar.

(Entra la estatua de DON GONZALO. Centellas y Avellaneda pierden el sentido.)

Escena II

ESTATUA. ¿Por qué te causa pavor
quien convidado por ti a tu mesa viene?
D. JUAN. ¡Dios! ¿No es ésa
la voz del comendador?
¡Eh! Alzad. *(A CENTELLAS y AVELLANEDA.)*
ESTATUA. No pienses, no,
que se levanten, don Juan;
porque en sí no volverán
hasta que me ausente yo
Dios, en su santa clemencia,
te concede todavía,
don Juan, hasta el nuevo día
para ordenar tu conciencia.
Pero debes devolverme la visita.
¿Irás, don Juan?
D. JUAN. Iré, sí.
(Desaparece LA ESTATUA)

Escena III

(Aparece la sombra de Doña Inés)
SOMBRA. Aquí estoy.
D. JUAN. Cielos!
SOMBRA. Medita
lo que al buen comendador
has oído, y ten valor
para acudir a su cita.
(Desaparece LA SOMBRA.)

Escena IV

D. JUAN. ¡Oh! Tal vez todo esto ha sido
por estos dos preparado.
Mas, por Dios, que si es así,
se han de acordar de D. Juan.
¡Eh!, don Rafael, capitán.
Ya basta alzaos de ahí.
(DON JUAN mueve a CENTELLAS y a AVELLANEDA, que se levantan de un profundo sueño.)
CENTELLAS. ¿Quién sois?
D. JUAN. Levantaos.
AVELLANEDA. ¿Qué pasa?
CENTELLAS. ¿Dónde hemos despertado?
D. JUAN. (Rodeando la mesa y encarándose a ellos por delante, muy enfadado)
Caballeros, sabéis que en mi casa estoy
Pues yo a ella os he traído,
y sospecho que
esta burla me habéis preparado.
CENTELLAS. Yo no os entiendo.
AVELLANEDA. ¡Pardiez!
Tampoco yo.
D. JUAN. Pero acaso,
¿nada habéis visto ni oído?
No finjáis ya más, señor capitán.
(Dando un golpe en la mesa)
o juro a Dios
que os haré ver a los dos
que no hay quien me burle a mí.
CENTELLAS. Ni ahora ni nunca fingí.
Pero ya que en serio habláis,
don Juan, sabed que sospecho
que sois vos quien la burla habéis hecho.
D. JUAN. ¡Me insultáis!
CENTELLAS. Vos habéis alterado el vino,
Y nos habéis hecho dormir
Para así poder decir que el muerto se ha presentado aquí.
AVELLANEDA: Soy de la misma opinión.
D. JUAN. ¡Mentís!
CENTELLAS. Esa palabra, don Juan...
D. JUAN. La he dicho de corazón…
CENTELLAS y AVELLANEDA Veamos. *(Ponen mano a las espadas.)*
JUAN. Salgamos fuera.
CENTELLAS. Elegid uno, don Juan,
por primero.
D. JUAN. Sedlo vos.
(SALEN LOS TRES)
SE CIERRA EL TELÓN

Acto VI
(PANTEÓN. FINAL)
SE ABRE EL TELÓN

Panteón de la familia TENORIO.-Como estaba en el acto menos la estatua de DON GONZALO, que no está en su lugar.

Escena I
(RUIDO BÚHO. VERJA)

(DON JUAN, embozado, distraído, aturdido y asustado entra en la escena lentamente)
DON JUAN. ¡Oh! Arrebatado el corazón me siento....
mi alma perdida.
¡Oh! me trae a este sitio irresistible, misterioso poder...
(Ve que no está la estatua de DON GONZALO.)
¡Pero qué veo!

¡Falta de allí su estatua...! Sueño horrible,
déjame de una vez... No, no te creo.
La efigie de esa tumba me ha invitado.
Heme aquí, pues comendador, despierta.
(Llama al sepulcro del COMENDADOR Ve que cerca hay una mesa con culebras, huesos y fuego, un plato de ceniza y un reloj de arena)

Escena II

(ENTRA ESTATUA *DON GONZALO*)
ESTATUA. Aquí me tienes, don Juan,
y he aquí que vienen conmigo
los que tu eterno castigo
De Dios reclamando están.
(Señala a los espíritus y esqueletos)
D. JUAN. ¡Jesús!
(Mirando a los espectros.)
El alma me asalta,
y aunque el valor no me falta,
me va faltando el sentido.
ESTATUA. Eso es, don Juan, que se va
concluyendo tu existencia,
y el plazo de tu sentencia.
D. JUAN. ¡Qué dices!
ESTATUA. Lo que hace poco
doña Inés te avisó,
lo que te he avisado yo.
D. JUAN. ¿Y qué es lo que ahí me das?
ESTATUA. Aquí fuego, allí ceniza.
D. JUAN. El cabello se me eriza.
ESTATUA. Te doy lo que tú serás.
D. JUAN. ¡Fuego y ceniza he de ser!
ESTATUA. Como estos de alrededor.
(Señala a los muertos)
D. JUAN. Ceniza, bien; ¡pero fuego!
ESTATUA. El de la ira omnipotente,
Donde arderás eternamente.
D. JUAN. ¿Conque hay otra vida?
¿Conque es verdad, ¡ay de mí!,
lo que no creí jamás?
DON GONZALO: Sí
DON JUAN. Me hiela
la sangre en el corazón!
¡Verdad que no tengo salvación
Claramente me revela.
¿Y ese reloj?
ESTATUA. Es la medida
de tu tiempo.
D. JUAN. ¿Mi fin ya?
ESTATUA. Sí; en cada grano se va
un instante de tu vida.
(SUENAN CAMPANAS)
Arrepiéntete Don Juan.
DON JUAN.¿En un segundo
Borrar los años malditos
De crímenes y delitos?
(Se ve pasar una comitiva con velas y rezan. SUENAN CANTOS EN LATÍN)
D. JUAN. ¿Y aquel entierro que pasa?
ESTATUA. Es el tuyo.
D. JUAN. ¡Muerto yo!
ESTATUA. El capitán te mató
D. JUAN. ¡Ay de mí! Tarde la fe
penetra en mi corazón,
ahora no hay perdón.
¡Ah! Por doquiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí
y a la justicia burlé,
Yo a las cabañas bajé
y a los palacios subí,
y los claustros escalé;
y pues tal mi vida fue,
no, no hay perdón para mí.
(A los fantasmas.)
Dejadme morir en paz
a solas con mi agonía.
¿Qué esperan de mí? *(A la estatua de DON GONZALO.)*
ESTATUA. Que mueras
para llevarse tu alma.
Ya tu vida
toca a su fin, dame la mano
en señal de despedida.
(LA ACERCA PERO NO TERMINA DE DÁRSELA)
Ahora, don Juan,
conmigo al infierno ven.
D. JUAN. ¡Aparta, piedra fingida!
(DON JUAN RETIRA LA MANO)
Suelta, suéltame esa mano,
que aún queda el último grano
en el reloj de mi vida.
Suéltala. Yo, Santo Dios, creo en Ti:
si es mi maldad inaudita,
tu piedad es infinita...
(arrodillándose)
¡Señor, ten piedad de mí!
ESTATUA. (Detrás de Don Juan) Ya es tarde.

(DON JUAN de rodillas, tiende al cielo la mano que le deja libre la estatua. Las sombras, esqueletos, etc., van a abalanzarse sobre él, pero aparece la sombra de DOÑA INÉS y toma la mano que DON JUAN tiende al cielo.)

Escena III

D.ª INÉS. ¡No! Heme ya aquí.
D. JUAN. ¡Dios clemente! ¡Doña Inés!
D.ª INÉS. Fantasmas, desvaneceos:
su fe nos salva
La voluntad de Dios es.
Dios concedió a mi afán
la salvación de don Juan.
D. JUAN. ¡Inés de mi corazón!
D.ª INÉS. Yo mi alma he dado por ti,
y Dios te otorga por mí
tu dudosa salvación.

(Los esqueletos vuelven a sus tumbas, El teatro se ilumina con una luz de aurora, mientras caen flores al son de una música dulce, celestial y lejana)
(Cae DON JUAN a los pies de DOÑA INÉS, Y mueren ambos)

CAE EL TELÓN

FIN

******Una adaptación de Lidia Mª Aragón.*